

“El santo no nace: se forja”

Todo aquello en que intervenimos los pobrecitos hombres –hasta la santidad– es un tejido de pequeñas menudencias, que –según la rectitud de intención– pueden formar un tapiz espléndido de heroísmo o de bajeza, de virtudes o de pecados. Las gestas relatan siempre aventuras gigantescas, pero mezcladas con detalles caseros del héroe. –Ojalá tengas siempre en mucho –¡línea recta!– las cosas pequeñas. (Camino, 826)

5 de abril

El principal requisito que se nos pide –bien conforme a nuestra naturaleza–, consiste en amar: *la caridad es el vínculo de la perfección*; caridad, que debemos practicar de acuerdo con los mandatos explícitos que el mismo Señor establece: *amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente*, sin reservarnos nada. En esto consiste la santidad.

Ciertamente se trata de un objetivo elevado y arduo. Pero no me perdáis de vista que el santo no nace: se forja en el continuo juego de la gracia divina y de la correspondencia humana. *Todo lo que se desarrolla* – advierte uno de los escritores cristianos de los primeros siglos, refiriéndose a la unión con Dios–, *comienza por ser pequeño. Es al*

alimentarse gradualmente como, con constantes progresos, llega a hacerse grande. Por eso te digo que, si deseas portarte como un cristiano consecuente –sé que estás dispuesto, aunque tantas veces te cueste vencer o tirar hacia arriba con este pobre cuerpo-, has de poner un cuidado extremo en los detalles más nimios, porque la santidad que Nuestro Señor te exige se alcanza cumpliendo con amor de Dios el trabajo, las obligaciones de cada día, que casi siempre se componen de realidades menudas. (Amigos de Dios, 7)
